HARLEQUIN Deseo™



Tórrido amor

Jennifer Lewis

Deseo™

Tórrido amor

Jennifer Lewis



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Jennifer Lewis. Todos los derechos reservados.
TÓRRIDO AMOR, Nº 1568 - mayo 2011
Título original: Seduced for the Inheritance
Publicada originalmente por Silhouette® Books
Publicada en español en 2008

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-900-0352-7
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo Uno

–¿Qué está haciendo aquí? –una voz de trueno y un par de ojos negros la fulminaron desde la puerta de la cocina.

Era él.

Sabía que vería a Reynaldo León tarde o temprano. Al fin y al cabo, aquélla era su finca. Pero habría querido estar arreglada, no en vaqueros, cubierta de sudor y despeinada después de pasarse el día buscando entre las pertenencias de su madre.

Anna Marcus apretó la bolsita de comida rápida que llevaba en las manos y él la miró desde su impresionante altura, con las cejas arqueadas.

–¿Ha venido a limpiar?

Parecía un gigante en la diminuta cocina, con la desnuda bombilla iluminando sus arrogantes facciones, su amplia y sensual boca en un gesto de desdén.

–Si le pagan por horas, le daré el dinero que corresponda a esta noche. Pero debe decirle a su jefe que se ponga en contacto conmigo antes de sacar nada de aquí.

¿Creía que había ido a limpiar? ¿No la reconocía?

De repente, aquello le resultó insoportable. Su madre, muerta a los cuarenta y ocho años, de forma repentina. Una llamada de teléfono a horas intempestivas para informarle sobre un accidente en la autopista de Florida…

–¿Y bien? –Reynaldo se cruzó de brazos.

Los ojos de Anna se llenaron de lágrimas. «No llores ahora». En el último año había sobrevivido a una bancarrota y a un divorcio. Y ahora la pérdida de la persona a la que más quería en el mundo. Había llegado hasta allí…

–¿No habla mi idioma? –Naldo León levantó una ceja.

–Claro que hablo su idioma –replicó ella.

–Se está saliendo líquido de la bolsa.

–¿Qué? –Anna miró la bolsa de papel–. Ah, es mi cena.

La dura expresión del hombre se suavizó un poco.

–Pues cómasela –dijo, señalando la mesa de formica–. No tiene sentido tirar la comida.

Quizá podría seguirle la corriente hasta que se fuera. Dejarle pensar que era una chica de la limpieza. ¿Qué más daba? Ni él ni su poderoso padre, Robert León, se habían molestado en acudir al entierro de su madre, a pesar de que Letty Marcus había vivido en su finca y les había hecho la comida durante quince años. Trabajadoras como su madre y ella no eran nadie para esa gente.

Sí, ella tenía un diploma universitario, e incluso había tenido una inmobiliaria durante algún tiempo, pero en aquel momento su cuenta estaba en números rojos y no tenía casa, de modo que…

Mientras tomaba un plato del armario y se sentaba frente a la mesa, notaba los ojos de Naldo clavados en ella. Unos ojos que habían marcado sus sueños de adolescente y la habían hecho concebir absurdas esperanzas de que algún día…

¿La amase?

Menuda broma. Anna sacó la hamburguesa de la bolsa y la dejó sobre el plato. Pero la imperiosa mirada del hombre le había encogido el estómago.

–¿Va a quedarse ahí, mirándome?

–Pues claro. No puedo dejar sola a una extraña en una propiedad familiar. Supongo que lo entenderá.

¿Una extraña? Anna no sabía si reír o llorar.

Sólo una persona insignificante más en una enorme finca. Nadie en especial. Seguramente no había vuelto a pensar en ella desde la última vez que se vieron en la cancha de tenis.

Pero ella sí había pensado en él. Más de lo que le gustaría admitir.

Dejando la hamburguesa sobre el plato, Anna se levantó, con las piernas temblorosas.

–Tengo que irme.

Naldo sacó un billete de veinte dólares del bolsillo y se lo ofreció.

–Puede volver mañana.

«Después de que haya encontrado lo que he venido a buscar».

–No quiero su dinero. Y no tengo hambre. Puede usted comerse la hamburguesa.

Naldo disimuló una sonrisa al pensar en aquella cosa grasienta cuando tenía langosta esperándole en casa.

Aunque aquella noche no tenía apetito.

No, lo que tenía que hacer era encontrar lo que estaba buscando. Esa misma noche. Además, la casa era diminuta…

Naldo arrancó una hoja de un cuaderno que encontró al lado de la nevera y anotó su número de teléfono.

–Puede llamarme mañana para decir a qué hora piensa venir.

Al tomar el papel sus dedos se rozaron, despertando en él una extraña sensación. Sus ojos se encontraron, los de ella eran grandes y azules y… de repente, Naldo la reconoció.

–¡Anna!

Ella levantó la cabeza.

Él la miró durante unos segundos, incrédulo. ¿Cómo podía aquella chica delgada y tímida ser la alegre y atrevida niña que había conocido una vez?

–Ha pasado mucho tiempo.

–Eso parece –murmuró Anna, apretando los labios.

–Tienes un aspecto tan diferente… –dijo Naldo, sin pensar.

–El tiempo le hace eso a una persona. Bueno, a algunas personas. Tú eres el mismo de siempre.

–Estás tan delgada…

–Es la moda.

–Pero tu pelo… antes era rojo.

–Sigue siéndolo. Pero me lo he teñido.

–¿Te tiñes el pelo?

Le parecía inconcebible que la dura y enérgica Anna Marcus, la niña que se subía a los árboles y se peleaba con todos los chicos de la finca, hiciera algo tan femenino.

–No me mires con esa cara. La mayoría de las mujeres lo hacen.

–Pero tú nunca has sido como la mayoría de las mujeres.

–¿Y quién dice que lo sea ahora? –lo retó ella.

El antiguo fuego seguía ahí, pero en un contenedor diferente. Y eso despertó en Naldo algo más que curiosidad.

–He oído que te va muy bien.

Su madre, orgullosa, le había informado sobre los éxitos de Anna; su graduación magna cum laude en una buena universidad, su trabajo en una de las inmobiliarias más importantes del estado…

Un marido.

–Todo es relativo –dijo ella–. Me refiero al éxito.

–Sí, claro.

–Me han dicho que ahora os dedicáis a la ven-

ta de productos manufacturados –siguió Anna con voz pausada.

–Sí, hacemos zumos y salsas para ensalada con base de cítricos. Se venden muy bien.

–Sí, claro, estoy segura de que el imperio León seguirá siendo un éxito durante otros cien años.

Afortunadamente, había logrado cambiar de tema. Anna se asustó cuando Reynaldo empezó a hablar de «lo bien que le iba». El breve éxito que había tenido en la vida se había convertido en polvo. Un polvo muy parecido al que cubría sus pantalones cortos y su camiseta descolorida. ¿Por qué tenía que haberla visto con aquella pinta? Tan cansada, tan delgada. Ni la había conocido. A Anna se le encogió el corazón de vergüenza.

–Todos nos llevamos un disgusto con la muerte de tu madre –dijo Reynaldo entonces. Y la compasión que había en su voz de terciopelo casi la hizo olvidar que no se había molestado en aparecer en el entierro.

Anna seguía sin creer que su madre se hubiera ido, que nunca volvería a abrazarla, que nunca volvería a tener su cariño.

–Yo también –murmuró.

–Mi padre murió esta mañana –dijo Naldo entonces.

–¿Qué?

Robert León era una fuerza de la naturaleza,

un hombre alto, fuerte, casi indestructible como los naranjos y limoneros que cultivaba en su imperio.

–Un infarto de miocardio. Duró tres días, pero los médicos dijeron que no podían hacer nada.

–Oh, Naldo, cómo lo siento –Anna se llevó una mano a la boca, emocionada. El deseo de abrazarlo era casi más poderoso que ella.

«Ni lo pienses».

Ella siempre había deseado a Naldo León. Había deseado que la tocara, había deseado su admiración, su amor. Pero sabía que no los tendría nunca.

–Ahora la finca es tuya.

–Sí.

–Una plantación que tiene casi cuatrocientos años. Sé que tu padre se sentiría orgulloso de ti.

Naldo no dijo nada. Con la arrogancia de los conquistadores de los que descendía, sencillamente se quedó mirándola.

Anna buscó algo que decir, pero no sabía...

«No llores». «No llores delante de él».

Tenía que irse de allí. Había tardado dos días en reunir valor para ir a la casa, pero, aparentemente, seguía siendo una cobarde.

–Supongo que ahora le asignarás la casa a otro empleado, así que volveré mañana para terminar de guardar las cosas de mi madre –dijo, nerviosa–. Bueno, tengo que irme –Anna se dio cuenta

de que había arrugado la hoja de papel que tenía en la mano.

Nunca lo llamaría por teléfono. Su relación había sido siempre una relación… casual: «¿Quieres que tiremos unas canastas?». «¿Te apetece jugar al tenis?». Nada de invitaciones, nada de quedar para verse. Habían sido camaradas, pero nunca amigos.

Anna dejó el papel sobre la encimera y, después de tirar la hamburguesa a la basura, se dirigió a la puerta.

La presencia de Naldo dejaba claro que la casa en la que había vivido su madre durante quince años era propiedad suya.

–Mañana podrás tomarte el tiempo que necesites.

–Muy bien.

Anna se detuvo un momento. ¿Para qué? ¿Esperaba que la invitase a cenar, a salir?

«No seas tonta, chica».

El silencio de Naldo sugería que estaba esperando que se fuera, de modo que subió a la vieja furgoneta que había sobrevivido milagrosamente al viaje desde Boston.

Las lágrimas desdibujaban su visión mientras se dirigía hacia la entrada de la finca. ¿Cuántas veces tendría que hacer aquel mismo camino? ¿Una? ¿Dos? Ahora que su madre había muerto no tenía casa y nadie la esperaba en ninguna parte. Pero ella era dura, de modo que seguiría adelante y haría que su madre se sintiera orgullosa.

***

Dos días después, el aire acondicionado del despacho de la familia León hacía temblar a Anna de frío, mientras un viejo reloj de nogal daba las cuatro. Había gente hablando en voz baja, esperando que empezase la lectura del testamento. También Anna había recibido la llamada de un abogado en el hostal donde se alojaba, pidiéndole que acudiese a la lectura del testamento de Robert León. Los León seguían la vieja costumbre de legar una pequeña cantidad de dinero a los empleados, incluyendo a su madre.

Pero no la invitaron al funeral que había tenido lugar esa mañana en la finca.

Había una gran diferencia entre los empleados, reunidos para la ocasión con su ropa de diario, y los elegantes miembros y amigos de la familia. Naldo estaba entre ellos, guapísimo con un traje negro y pelo oscuro, ondulado, echado hacia atrás, revelando sus masculinas facciones. Si se había fijado en ella, no lo demostró. Anna estaba sola a un lado, mirando por la ventana los mil acres de la mejor plantación de cítricos del país.

Aquel día iba vestida con un traje de chaqueta y tacones altos. Con pendientes, maquillaje y un moño, esperaba tener el aspecto de la mujer de la que su madre hablaba, orgullosa, con sus compañeros de trabajo.

–Señoras y señores, por favor, tomen asiento –un joven vestido con traje de chaqueta señaló las cuatro filas de sillas antiguas que, Anna recordó, solían estar en el comedor. Ella conocía bien la casa, al menos las zonas públicas, aunque había pasado la mayor parte del tiempo en la cocina mientras su madre preparaba comidas y cenas para los León.

El abogado empezó a leer, pero Anna no le prestaba demasiada atención. La familia León era famosa por no vender ni un pedazo de tierra, por eso la finca había permanecido intacta durante siglos. La finca, El Paraíso, era para el hijo mayor, Reynaldo, y también las acciones en otras empresas. Su hermana recibiría un estipendio anual más que generoso. Como tenía diez años más que él y vivía en Europa, Anna no la conocía y ni siquiera sabría decir quién era.

Anna se movió en la silla, incómoda. Dos mil y diez mil dólares parecían ser las cantidades legadas a los empleados, dependiendo del tiempo que hubieran trabajado allí. Sospechaba que a su madre le habría dejado diez mil, ya que había estado en la casa quince años. Y qué falta le hacía ese dinero. Su madre le había dejado sus ahorros a un albergue para madres solteras… La pobre no podía saber que a Anna, después de pagar el hostal en el que se alojaba, no le quedaban más que unos dólares.

–A Leticia Marcus, estimada empleada y que-

ridísima amiga… –Anna se levantó, nerviosa– le dejo su lugar de residencia y la parcela en la que está situada, como queda marcada en el plano. Y a ella le lego también el libro de recetas que hicimos juntos.

El abogado siguió hablando y Anna lo miró, perpleja.

¿No le había dejado diez mil dólares?

–¿Qué ha dicho?

Anna miró al hombre que acababa de levantarse. Era Naldo. Y parecía furioso.

–Señor León, ¿puedo hablar con usted un momento? –uno de los abogados, un hombre mayor, le indicó que lo siguiera al pasillo. Naldo lo acompañó con expresión airada, dejando un murmullo de comentarios a su paso.

La gente se volvió luego para mirar a Anna. «La hija» oyó que decía alguien. Ella tragó saliva, intentando mantener la cabeza alta.

¿Por qué Robert León le habría dejado a su madre una herencia diferente a la del resto de los empleados?

–No puede ser verdad –Naldo paseaba por el pasillo, furioso–. Mi padre jamás habría aprobado esto.

–Fue su expreso deseo, señor León. Yo intenté convencerlo para que no lo hiciera. Intenté explicarle que la integridad de la finca…